

Antisemitismo y sionismo, una mirada decolonial.

Masri, Lautaro.

Cita:

Masri, Lautaro (2017). *Antisemitismo y sionismo, una mirada decolonial*. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/91>

Lautaro Masri

FFyL, UBA.

PARA PUBLICAR EN ACTAS

ANTISEMITISMO Y SIONISMO, UNA MIRADA DECOLONIAL.

Las cuatro potencias están comprometidas con el sionismo, y el sionismo, sea acertado o erróneo, bueno o malo, está arraigado en una tradición ancestral, en unas necesidades presentes, en unas esperanzas futuras, de importancia mucho más profunda que el deseo y los prejuicios de los 700.000 árabes que hoy habitan en aquella antigua tierra.

Arthur J. Balfour, 1919.

Al momento de pensar el conflicto israelí–palestino, gran parte de las opiniones y posicionamientos al respecto quedan vinculadas a la conceptualización que pueda hacerse del movimiento sionista. Este movimiento puede ser descrito de diversas maneras, en función de la perspectiva y el marco teórico desde el cual se lo aborde. Cada una de las definiciones trae consigo aparejada una lectura del contexto histórico de su surgimiento, de sus motivaciones y de las razones que permitieron su éxito como proyecto político.

En el siguiente trabajo nos proponemos indagar acerca de la relación entre el sionismo, el imperialismo y el antisemitismo, de forma tal de revisar algunos supuestos generalizados y avanzar en la dirección de una respuesta a la pregunta acerca de por qué el sionismo como proyecto político logró hacerse atractivo a las potencias europeas y llevar a cabo la construcción de un Estado judío sobre “las ruinas de palestina”¹.

¹ Said, Edward [1979]. La cuestión Palestina. Barcelona: Random House, 2013, p. 63. .

LOS JUDÍOS EN LA(S) MODERNIDAD(ES) EUROPEA(S), UNA REVISIÓN CONCEPTUAL

Una de las principales dificultades a la hora de pensar la historia moderna de los judíos en Europa es la de, parafraseando a Enzo Traverso, mirar dicho periodo con los lentes de Auschwitz. Contrariamente a las visiones que presentan la historia de los judíos en Europa como la de una constante y progresiva hostilidad, dentro de un proceso coherente, acumulativo y lineal que debe ser leído como antecedente del genocidio nazi, gran parte de los historiadores más serios, alejados de los peores usos políticos de la historia reciente, coinciden en señalar al largo siglo XIX como un periodo de integración, relativa, pero constante de los judíos en Europa². En cierta medida, estas obras ponen en cuestión uno de los principales argumentos del sionismo, como es el de su necesidad histórica debida a un contexto de opresión generalizado en Europa³. En efecto, los principales narradores de la historia judía coinciden en hablar del “fracaso de la asimilación” y en destacar la situación particular de hostigamiento y persecución de los judíos, en un contexto de ausencia de derechos, desigualdad y discriminación a lo largo de la historia contemporánea y a lo ancho del continente europeo.

Frente a esta perspectiva, consideramos necesario revisar conceptualmente el contexto histórico de surgimiento del sionismo, para marcar algunos matices y nuevas perspectivas relacionadas, por un lado, con las diferencias políticas y sociales al interior del continente, y por otro lado, con algunas nuevas dimensiones de análisis, a nuestro juicio indispensables

² Ésta es básicamente la postura de Enzo Traverso, en la introducción a su libro *La violencia nazi, una genealogía europea*. Allí, él plantea que en cierta medida Auschwitz “inventó” el antisemitismo, al hacer aparecer como un proceso coherente a un “conjunto de discursos y prácticas que, antes del nazismo, se suponían discordantes, heterogéneos y a menudo arcaicos, en distintos países de Europa” (**Traverso, Enzo**. *La violencia nazi, una genealogía europea*. Buenos Aires: FCE, 2003, p.13).

³ Tal fue parte del argumento presentado por Theodore Herzl en su libro *El estado judío*: “Nadie negará la miseria en que viven los judíos. En todos los países donde se encuentran en número apreciable sufren persecuciones de carácter más o menos violento. La igualdad de derechos, aunque está garantizada por las leyes, en realidad ha sido abolida por doquier en perjuicio de los judíos” (**Herzl, Theodore** [1896]. *El estado judío*, en la antología *El sionismo: crítica y defensa*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968, p.14).

para pensar el complejo proceso que iniciara en el siglo XIX y culminó con el genocidio y la instauración del Estado de Israel.

En líneas generales, el periodo histórico que se inicia a principios de siglo XIX y culmina con la instauración del Estado de Israel puede ser dividido en dos grandes bloques. Un primer bloque que va hasta 1914 podría ser entendido como un periodo de creciente integración social y cultural con particularidades en cada caso y una emancipación jurídica progresiva, que a fines del largo siglo XIX es casi generalizada, y en donde la situación de los judíos condensa y simboliza el estado de situación general de cada región, en lo que tiene que ver con el grado de libertad e igualdad política y jurídica de cada país⁴. El segundo bloque se inicia con la primera guerra mundial, y se presenta como un periodo de cuestionamiento y crisis de los logros y avances del proceso de integración, poniendo a los judíos en el centro de la escena política europea, para, en su punto más álgido, concluir con el genocidio nazi, y luego con la instalación del Estado de Israel en tierra palestina en 1948⁵. Así lo describe Karady en su libro, *Los judíos en la modernidad europea*:

“La evolución de la política judía de los distintos estados europeos se extendió a dos periodos. Hasta la Primera Guerra Mundial tuvo por finalidad una creciente integración social y emancipación jurídica, aun cuando esta emancipación fuera unida a conflictos (como el surgimiento del antisemitismo político a partir de los años ochenta del siglo XIX en determinados países de Europa central y occidental) o no se les arrancara a los gobiernos hasta la guerra o incluso hasta después de ella (como ocurrió con la gran masa de los judíos en Rusia y en Rumania respectivamente) ... A pesar de la emancipación jurídica entre tanto conseguida, esta tendencia a la integración se detuvo en el periodo de entreguerras, fue unida a conflictos de dimensiones hasta entonces desconocidas y se trocó en todas partes en lo contrario.”⁶

Respecto del largo siglo XIX, un repaso del escenario europeo nos devuelve la imagen de un proceso de modernización, aburguesamiento y urbanización ligado al desarrollo del capitalismo industrial cuyas consecuencias sociales, políticas y culturales encontró en las comunidades judía del oeste y el centro de Europa a algunos de sus principales

⁴ Esta perspectiva está presente en el trabajo de Enzo Traverso, *El final de la modernidad judía*. Historia de un giro conservador. Allí el historiador italiano plantea la necesidad de pensar a los judíos no como protagonistas de una historia separada sino más bien como el sismógrafo de las sacudidas que han transformado al mundo moderno. Para una revisión profunda de esta propuesta, ver **Traverso, Enzo**, *El final de la modernidad judía*: Historia de un giro conservador. Buenos Aires: FCE, 2014.

⁵ Cronologías similares pueden encontrarse en **Arendt, Hannah [1951]**, *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2014 y en el estudio de **Karady, Víctor**. *Los judíos en la modernidad europea*. Experiencia de la violencia y utopía. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores, 2000. También el ya citado libro de **Enzo Traverso**, *El final...* presenta una perspectiva en línea con lo aquí expuesto.

⁶ Karady, op cit, p. 56.

beneficiarios⁷. Los programas de “modernización” encarados por la mayoría de los estados europeos más temprano o más tarde durante el siglo XIX, que perseguían, entre otras cosas, la abolición de los privilegios y del rígido orden económico, la industrialización y el desarrollo económico a partir del libre tráfico de capitales, favorecieron a todos los grupos de población a los que, como era el caso de los judíos, afectaban rígidas prohibiciones y límites. Estos factores, sumados a la alteración de las relaciones de autoridad y de prestigio social, a la individualización de las oportunidades de ascenso social y a la laicización que debilitó el poder de las iglesias cristianas pero también de la autoridad comunitaria judía, convergieron dando por resultado una participación activa de los judíos en los procesos de formación y modernización que atravesaron las sociedades y los Estados europeos, pero también pusieron en tensión la definición identitaria y la relación con la religión de gran parte de los judíos en Europa.

A un nivel de mayor especificidad, estos procesos presentan diferencias importantes al interior del continente. Así, en lugar de un esquema general, consideramos que es posible describir tres escenarios diferentes, relacionados con la diversidad de condiciones sociales, económicas y políticas de cada región, de la que, como bien dice Traverso, la situación de los judíos opera como índice general o sismógrafo⁸.

Un primer esquema puede ubicarse en Europa occidental, donde el temprano desarrollo capitalista, la hegemonía del liberalismo político, la existencia de entidades políticas estables durante largos periodos de tiempo, la decadencia de la iglesia como actor político de importancia y, sobre todas las cosas, el escaso número de judíos, habrían permitido una integración socioeconómica exitosa, y una “asimilación”⁹ armónica. Aquí la emancipación

⁷ Véase Hobsbawm, Eric, *La carrera abierta al talento, en La era de la revolución 1789 – 1848*, Buenos Aires: editorial Crítica, 1998.

⁸ Traverso, *El final...*, p.39.

⁹ Son muchas y divergentes las definiciones acerca del concepto de asimilación al momento de pensar la situación de los judíos en Europa. Para Karady, autor que tomamos como referencia para pensar el periodo, la asimilación se trata de la “apropiación forzosa o voluntaria de la cultura en sentido antropológico, del modo de vida, de los valores y de los proyectos sociales de la sociedad de acogida” (Karady, op cit, p.145). Es decir que tiene tintes similares al concepto (perimido y problemático) de “aculturación”. Esta concepción de la cultura y de la identidad colectiva, típicamente colonial/moderna, es la misma que atraviesa el pensamiento de todos aquellos que intentaron responder al interrogante planteado por “la cuestión judía” durante el siglo XIX y gran parte del siglo XX. Por ende, no es extraño que muchas de las respuestas y propuestas al respecto estarán ancladas en la misma matriz conceptual. Para Traverso, ubicado en el seno

jurídica aparece de forma incondicional, como una consecuencia de la integración socioeconómica y cultural. En palabras de Karady “la principal condición para el éxito de la integración política según el modelo europeo occidental es el escaso peso demográfico de la población judía”, que impide la formación de reivindicaciones de autonomía cultural.¹⁰

En franca oposición a este modelo de integración, la situación en la Rusia zarista y demás países del este europeo podría ser entendido básicamente como un modelo de exclusión y negación de la igualdad jurídica a sus súbditos en general hasta 1861 y en particular hacia los judíos hasta bien entrado el siglo XX. Karady explica el surgimiento de la “cuestión judía”, y las políticas relacionadas con ello bajo el zarismo, a partir de la transición del feudalismo hacia el capitalismo y el consecuente trasvase en la situación de los judíos. Pero también por las limitaciones del esquema político y cultural de la autocracia zarista cristiana, especialmente en lo que refiere a las políticas de incorporación y gobierno de las grandes masas de judíos que, entre otros pueblos, quedaron bajo administración zarista luego de la partición de Polonia, haciendo de la cuestión judía un problema más dentro de la naciente “cuestión nacional”. Para el caso particular de los judíos, se suma como factor a tener en cuenta la larga tradición de hostilidad cristiana, transformada aquí en discurso de estado. De esta forma, más allá de un breve periodo de integración y asimilación a mediados de siglo XIX, la conjunción de factores descriptos constituyen un esquema en que la emancipación y la igualdad política son negados a los judíos así como al resto de la población y en donde la integración socioeconómica se hace imposible, merced a un contexto de crisis de transición del feudalismo al capitalismo que es acompañado de diatribas anti judías. Estas alcanzarán su punto más álgido con los pogromos de 1880, iniciando el movimiento migratorio más grande de la historia.

El escenario de la Europa central presenta un tercer modelo de integración, en donde

de la posmodernidad y alejado de la historiografía sionista, la asimilación judía debe ser entendida como un proceso de imbricación cultural, hibridez y traducción recíproca entre los aspectos de la cultura (religiosa) judaica y los de las demás poblaciones con quienes conviven. Véase más adelante. (**Traverso, Enzo**, El final..., p45). Así la entendemos nosotros, y es en esta clave no colonial/moderna es que luego abordaremos al sionismo. Para una introducción a la perspectiva crítica de la colonialidad/modernidad, véase **Lander, Edgardo** (comp), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. 2000.

¹⁰ Karady, op cit, p.63.

confluyen factores y condiciones que están presentes en los anteriores esquemas, pero se combinan constituyendo un esquema híbrido, en donde la igualdad jurídica y política no está negada ni facilitada, sino que se presenta de forma condicionada, a saber, como el resultado de un proceso de “asimilación” cultural.

En tensión permanente entre liberalismo y conservadurismo, la historia de los estados alemanes y el imperio austro-húngaro y su relación con los judíos puede describirse como un proceso complejo y plagado de contradicciones, que no son distintas a las contradicciones generales y las disputas políticas que afectan a toda la sociedad¹¹. Si a principios de siglo XIX las medidas de liberalización del comercio, integración aduanera, libertad empresarial y supresión de la servidumbre buscan plegarse al “desarrollo” de las naciones europeas avanzadas, apenas unas décadas después aparece como reacción el naciente discurso romántico conservador y anti ilustrado. Esta tensión, que atraviesa la historia de la región durante todo el “largo siglo XIX” con estallidos recurrentes por parte de los sectores sociales excluidos en cada victoria de la reacción antiliberal, se hace patente también en la situación de los judíos, una vez más, índice de la situación social general.

Así, puede observarse aquí la convivencia de un conjunto de factores que se imbrican y producen un esquema particular, en donde la “emancipación”, concepto ilustrado y de impronta civilizatoria, se “ofrece” de manera condicional, solo como el resultado de la asimilación o germanización cultural. Este esquema, que es producto del conservadurismo político que atraviesa a los estados alemanes en general, pero también del liberalismo que se hace presente por momentos, no debe ser visto únicamente como un proceso traumático y violento en el que los judíos debieron despojarse de su particularismo para integrarse a la sociedad. Por el contrario, tal como la continua migración de judíos desde el Este hacia los países del centro de Europa parece mostrar, este periodo, hasta 1914 puede ser entendido como un periodo de cosmopolitismo, integración cultural, imbricación e identificación de los judíos con las sociedades en que vivían o de las que pasaron a formar parte¹².

¹¹ Para un panorama de los avances y retrocesos de cada una de las posiciones en la Mitteleuropa durante el siglo XIX, véase **Langewiesche, Dieter**, “Liberalismo y burguesía en Europa”, en Fradera, J. y Millán (eds.), *Las burguesías europeas del siglo XIX*. Sociedad civil, política y cultura. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000, pp. 169-201.

¹² Traverso, *El final...*, p.42.

DE QUÉ HABLAMOS CUANDO DECIMOS ANTISEMITISMO

En su ya clásico libro *Los orígenes del totalitarismo*, Hannah Arendt realiza un análisis que a nuestro entender es fundamental para el abordaje del periodo en cuestión. En su búsqueda por analizar y explicar el nazismo, ella se enfoca no solo en su origen y su contenido ideológico sino en las condiciones y motivos que hicieron posible su éxito, por encima de todos los discursos públicos que buscaban la adhesión de las masas para articularlas detrás de un partido o proyecto político.

Para ello lleva a cabo una doble operación, más o menos explícita a lo largo del libro. Por un lado busca diferenciar al antisemitismo¹³ (o judeofobia) del antisemitismo político, y por el otro, busca entender y ubicar aquellos factores de poder, intereses y cuestiones políticas a los que ese discurso y proyecto político logró ligarse y ser funcional, y que operaron como condiciones de posibilidad para el éxito del nazismo.

Así, el primer aporte de Arendt a los propósitos de este escrito se debe a una distinción sumamente esclarecedora para pensar la historia de los judíos en la modernidad europea, que tiene que ver con la diferencia cualitativa entre dos conceptos que habitualmente aparecen como sinónimos, subsumidos bajo la denominación de “antisemitismo” y que en realidad hacen referencia a dos fenómenos, íntimamente ligados pero diferentes entre sí: *la discriminación social y la desigualdad política y jurídica*.

Arendt entiende que existe una diferencia entre el sentimiento antijudío y el antisemitismo político, aunque no es posible explicar este último sin entender el primero. En efecto, ella entiende al *sentimiento antijudío*, en tanto discriminación social o reacción xenófoba, como un efecto del proceso de integración social, económica y cultural de los judíos, producida principalmente en los nacientes estados nacionales del centro de Europa, pero también hacia el este y el oeste del continente. El *antisemitismo político*, en cambio, tendría que ver con un discurso reactivo al proceso de democratización y liberalización política en algunos

¹³ Sin dudas el propio término de antisemitismo merecería ser revisado y abandonado en función de su escasa rigurosidad y ambigüedad semántica. En el presente trabajo, deberemos conformarnos con establecer la diferencia entre xenofobia por un lado y exclusión social y política, por el otro. Ambos fenómenos, nombrados generalmente como “antisemitismo” deben diferenciarse sustancialmente del anti judaísmo cristiano, práctica persecutoria no tanto de una población o unos individuos particulares como de una cosmovisión con la que rivalizaba.

países de Europa, que busca en el ataque a los judíos un ataque al estado nación, en su forma liberal.

Esta observación, la de que el auge del antisemitismo político es un ataque más o menos enmascarado al estado nación, al liberalismo y a la “modernidad”¹⁴ da pie al segundo aporte de Arendt. Para ella un fenómeno social, como puede ser la discriminación a los judíos, sólo adquiere importancia política en la medida en que dicho fenómeno adquiere legitimidad, masividad y luego, éxito político.

Para el caso del antisemitismo político, Arendt explica su surgimiento como, entre otras cosas, efecto de la aplicación de la lógica imperialista dentro del continente europeo. En efecto, para ella, el nacimiento del discurso antisemita hacia 1870 es un descubrimiento de los partidos pan-germanos en su afán de ganar la opinión pública para su proyecto, que no es otro que el del imperialismo continental y en consecuencia, el de la destrucción de los estados nacionales y la Europa organizada de esta forma.

Pero además, su contexto de surgimiento puede ser leído como una reacción frente a los procesos de democratización política y creciente peso de los movimientos obreros que ponen en tela de juicio un capitalismo relativamente novedoso en lo que refiere la Alemania unificada y el liderazgo de la burguesía prusiana.

Ahora bien, ¿por qué un ataque a los judíos supondría un ataque al estado nación? En su libro, que probablemente haya influido en la obra de Bauman y Said, Arendt entiende la teoría racial como discurso de dominación. Este discurso constituye una forma efectiva de tratar con las contradicciones de los proyectos imperiales, proyectos de dominación territorial sobre grandes porciones del planeta, llevados a cabo por un par de potencias liberales (Inglaterra y Francia) que buscaron extender su soberanía y dominio territorial sin

¹⁴ Nótese que aquí, como en gran parte de la tradición intelectual antifascista, el concepto de modernidad es presentado en equivalencia al de ilustración, como un discurso emancipatorio, sin contradicciones ni claroscuros. Sin embargo, fiel a su honestidad intelectual, la propia autora se encargará de analizar profundamente al racismo como un dispositivo de poder ligada al imperialismo, lo cual la coloca, a nuestro juicio, como un antecedente en la genealogía que pudiera hacerse del pensamiento poscolonial/decolonial. No es casual que el propio Edward Said tome parte de sus argumentos y perspectivas para desarrollar sus trabajos. Para una indispensable revisión de los argumentos y análisis de la filósofa alemana en cuanto al antisemitismo y el imperialismo véase **Arendt, Hannah [1951], *Los orígenes del totalitarismo***, Madrid: Alianza Editorial, 20014.

extender las libertades y derechos que eran su contraparte en la metrópoli. Así, la teoría racial, que postula un otro inferior, vendría a justificar la expansión y al mismo tiempo, la exclusión del cuerpo político de la nación británica o francesa¹⁵.

Con la misma lógica que en Inglaterra o Francia, el racismo toma fuerza en Alemania y Austria, a partir de 1870, de la mano de los pangermanistas, y ligado en este caso al imperialismo continental y al nacionalismo tribal. Con respecto al primero, dice Arendt:

“las naciones de Europa central y oriental, que carecían de posesiones coloniales y cuya esperanza de expansión ultramarina era escasa, decidieron entonces que tenían el mismo derecho a extenderse que cualesquiera otros grandes pueblos y que si no se les otorgaba esta posibilidad en ultramar se verían forzados a obtenerla en Europa”¹⁶.

En cuanto al segundo, la lógica se repite:

“De la misma manera que el imperialismo continental surgió de las frustradas ambiciones de los países que no consiguieron tomar parte en la repentina expansión de la década de los ochenta, así el tribalismo apareció como el nacionalismo de aquellos pueblos que no habían participado en la emancipación nacional y que no habían logrado la soberanía de una nación estado”¹⁷

El denominado “moderno movimiento antisemita” aparece en Alemania y el imperio austro húngaro ligado al nacionalismo tribal, sobre todo el pan-germanismo, que presenta una alternativa política a los movimientos de liberalización y modernización política, proponiendo un proyecto de comunidad política ya no basado en la ley, el territorio o la constitución, sino en la sangre, la raza y el origen¹⁸. Este nacionalismo excluyente, que no está obligado a garantizar derechos a ningún ciudadano que no pertenezca al volk, es sobre todas las cosas, una propuesta contra la estructura política del estado nación.

En este sentido, entonces, puede decirse que el proceso de integración de los judíos en los

¹⁵ Es aquí notorio como para Arendt, como para gran parte de la tradición intelectual europea, toda la historia de racismo hacia los indígenas del continente americano desde el el siglo XVI no forma parte de una genealogía del racismo como dispositivo de poder. En ella, como en la mayoría de los intelectuales europeos, el único antecedente del racismo europeo de fin de siglo XIX, es la barbarie cometida contra las poblaciones negras. Sin embargo, cuando citamos estos fragmentos de su libro lo hacemos porque los consideramos clave para pensar el proceso de reversión del racismo colonial/moderno desde los territorios y poblaciones de ultramar hacia las poblaciones y territorios europeos, tal es el caso de los judíos.

¹⁶ Arendt, Hannah, *Los orígenes...*, op cit, p.191

¹⁷ Ibidem, p. 195

¹⁸ Ibidem, p. 192

estados nacionales, o mejor dicho, el proceso de construcción e integración de estados nacionales en los que los judíos toman parte, genera dos efectos diferentes que tienen a los judíos por objeto, dos fenómenos que, sin embargo, aparecen subsumidos generalmente con el mismo término.

En primer lugar, dada la histórica alteridad cultural y distancia social de los judíos en relación a las demás poblaciones europeas, esta integración y ascenso social de los judíos produce una reacción xenófoba y discriminatoria hacia un grupo identificable, que puede ser caracterizada como “extranjera” o inmigrante, dada la extrema movilidad que el proceso de modernización produce en toda Europa y que encuentra a los judíos en el centro de la escena. En efecto, el factor poblacional, que comienza a jugar un papel destacado para el caso de los judíos a partir de la partición de Polonia, y que en parte explica el surgimiento de “la cuestión judía”¹⁹, incluye, además, algunos movimientos migratorios, que juegan un papel importante como factor explicativo de la situación social de los judíos a lo largo del siglo XIX²⁰.

En segundo lugar, allí donde este proceso de democratización y modernización se lleva a cabo, éste produce la reacción de los sectores históricamente o tradicionalmente favorecidos, frente a este ascenso y nivelación general de la sociedad. No es casual que el antisemitismo político como programa definido aparezca en la Alemania unificada y en el imperio de los Habsburgo hacia finales de siglo XIX. El proceso de integración alemana y las demandas de democratización, encuentran la reacción de los sectores dominantes, que encuentra en los slogans antisemitas, la teoría racial y en el antisemitismo político un arma contra la democratización, pero también un eslogan a favor del imperialismo continental

¹⁹ Karady, Víctor, op cit, p.20 y ss.

²⁰ Una primera migración, va desde Galitzia y la Bukovina de la Bukovina austriaca hacia Hungría y desde los territorios polacos anexionados hacia Berlín. Este movimiento se inicia a finales del siglo XVIII y se extiende hasta 1848 para el caso de Hungría, y hasta 1870 en Prusia. El segundo movimiento migratorio va desde todos los territorios austriacos orientales hacia Viena tras la revolución de 1848 y hasta el final del siglo XIX. En ambos procesos migratorios, el patrón se repite: poblaciones asentadas en territorios “atrasados”, en donde las poblaciones tradicionales aprovechan las oportunidades que la apertura de las ciudades, la libertad de residencia y el proceso de urbanización, modernización y aburguesamiento favorecen. El tercer movimiento migratorio se inicia en 1881 con los pogroms en la Rusia zarista e inicia el más grande movimiento migratorio de la historia, produciendo la llegada durante varias decenas de años de grandes masas de judíos orientales hacia territorio Alemán, Austro Húngaro, pero también Francés, Inglés, etc. (Véase en **Karady, Victor**, ibidem).

basado en una concepción del nacionalismo en clave tribal (racial) y por ende, contra el estado nación, entidad política indeseable, no solo a causa de su carácter democratizador, sino también en tanto limitante de la expansión política y económica de la burguesía alemana²¹.

En tanto proyecto de exclusión de la comunidad política, el antisemitismo político es, entonces, un fenómeno distinto al odio popular, a la discriminación social o judeofobia. Si bien se monta sobre él, y tiene éxito como eslogan justamente por esta latencia de judeofobia, es algo conceptualmente distinto, que existe en íntima relación con otras variables que están presentes hacia finales del siglo XIX pero que permanecen latentes y se conjugan con fuerza luego de la primera guerra mundial.²² Para ese entonces, el sionismo, como proyecto de construcción de un Estado Judío en Palestina, llevaba varias décadas persiguiendo su objetivo. Veamos.

SIONISMO Y ASIMILACIÓN. DISCRIMINACIÓN Y COLONIALIDAD

Si el “siglo judeofobico”²³ que va de 1850 a 1950 presenta diferencias cualitativas y matices a nivel sincrónico y diacrónico, también el sionismo se presenta como un movimiento con diversas y matizadas orientaciones, dirigencias y propósitos. Si bien por cuestiones de espacio nos resulta imposible describir exhaustivamente estas trayectorias, nos bastará con señalar sintéticamente algunos momentos fundamentales²⁴.

²¹Para una revisión de la historia del movimiento obrero alemán y de las tensiones que los procesos democratizadores y/o revolucionarios provocaron dentro de la clase dominante alemana, ver **Dick, Geary**, *El socialismo y el movimiento obrero alemán antes de 1914*, en Dick Geary, (comp), *Movimientos obreros y socialistas en Europa antes de 1914*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad social, 1992, pp. 149-197.

²² Si bien volveremos sobre esto con más detalle luego, vale la pena destacar lo enunciado por Traverso de manera clara y sintética: “Para que el antisemitismo alemán (que a pesar de su difusión como habitus mental sólo representaba el 2% del electorado a principios de siglo) haya logrado constituir la ideología del régimen nazi fue necesario el traumatismo de la Primera Guerra Mundial y una dislocación de las relaciones sociales en todo el país...fue necesaria una modernización social caótica y desgarradora, la inestabilidad política crónica bajo Weimar, la crisis económica profunda y prolongada, el surgimiento de un nacionalismo agresivo alimentado por temor al bolchevismo y la revolución alemana esbozada entre 1918 y 1823” (**Traverso, Enzo**, *La violencia Nazi, una genealogía europea*. Buenos aires, FCE, 2003. p. 22)

²³ Así lo define Traverso en *El final..*, p. 29.

²⁴ Una revisión profunda de las distintas corrientes del sionismo puede encontrarse en **Iberlucia, Miguel**, *Sionismo, del nacionalismo de base religiosa al fascismo paracolonia*, Tesis de licenciatura, Historia, Facultad de Humanidades, UNICEN, Julio de 2015. p. 61. Puede encontrarse en <http://www.catedraedwardsaid.com.ar/index.php/publicacione>.

En líneas generales podría decirse que hay cuatro fases en el proceso que lleva al éxito al sionismo, por lo menos en lo que respecta al tema que aquí nos interesa tratar. Si sobre el final del periodo que intentamos abordar se condensan el conjunto de factores político-sociales que jugaron un papel fundamental en el éxito diplomático del sionismo en Europa, las anteriores tres fases resultan por demás significativas para pensar la gestación, carga ideológica, e institucionalización de lo que llegará a ser el “sionismo político”, con el programa y las propuestas políticas que harán de él un proyecto seductor cuando el contexto lo demande (y lo permita).

El primero de estos momentos es el del sionismo romántico o proto-sionismo, ubicable alrededor de 1860 en torno a diversos escritos, novelas y reflexiones, que tiene en el intelectual Húngaro y hegeliano Moses Hess a uno de sus principales referentes. De impronta romántica y espiritualista, este primer momento nucleado en su libro *Roma y Jerusalén* es el primer antecedente de una propuesta de migración a Palestina para la construcción de un estado para los judíos, con ayuda de una potencia imperial.

Un segundo momento puede ubicarse con el nacimiento y crecimiento del sionismo oriental, encarnado por Leo Pinsker y algunos intelectuales que luego tendrán un rol fundamental en territorio palestino, como Aarón David Gordon, Borojov y Ben Gurion. Estas corrientes toman fuerza a partir de 1880. En ellos la impronta romántica se conjuga con una historia y un contexto que hacen de los judíos un grupo específico, separado física y geográficamente de la sociedad rusa y con cierto particularismo cultural, dando por resultado las primeras conceptualizaciones de los judíos en los términos del nacionalismo tribal. Si el primer esbozo de una vía nacional para los judíos de la mano de Moses Hess es entendido como un “sionismo utópico” y espiritual, sin una reflexión profunda en torno a un futuro estatal, el libro “autoemancipación” de Pinsker y las intervenciones de Aaron Gordon David en el este europeo presentan ya una propuesta política concreta.

La delicada situación de las masas, condicionadas en su movilidad y su actividad cotidiana, hostigadas por su doble condición de judíos y de comerciantes/intermediarios, en un imperio en crisis de transición, es materia de reflexión para los jóvenes intelectuales judíos. De origen social relativamente acomodado, estos judíos rusos, asimilados en su mayoría, deudores del discurso de la ilustración, son los primeros en pensar una respuesta nacional

para una población judía numerosa, que posee cierto particularismo cultural, una lengua (el yiddish) y una historia en el territorio que se remonta varios siglos. Como señala Karady, estas primeras propuestas indican un viraje con respecto a las posiciones adoptadas por los judíos rusos de estos sectores hasta entonces. Influidos por el evidente éxito de la integración cultural y social, y la igualdad jurídica obtenida en gran parte de Europa occidental y central, los judíos rusos habían apostado, ellos también, por el éxito de la “asimilación”, la confesionalización y la nacionalización²⁵. La violencia estatal desencadenada a partir de 1880 parece poner fin a esta esperanza y da paso al nacimiento del nacionalismo judío que poco a poco se va configurando en clave tribal.

Pero además, este caldo ideológico, y esta concepción romántica y racial del nacionalismo judío incluyen una noción según la cual la integración que se había llevado a cabo en la Europa occidental y que hasta 1880 había mostrado ciertos avances en el este, se presentaba como un riesgo a la existencia de la identidad colectiva judía. Para estos sionistas de lo que se trataba era de mantener cierta identidad judía y cierta autonomía y particularidad judía, que solo podía estar garantizada por un estado nación, preferentemente en Palestina. Para Aaron David Gordon, por ejemplo, la situación era clara:

“si no podemos vivir una vida nacional plena y completa, da lo mismo asimilarnos totalmente. Si no colocamos el ideal nacional por encima de cualquier otra consideración, terminemos de una buena vez con esto, dejémonos fundir para siempre con los pueblos entre quienes estamos dispersos. Hay que comprender claramente que si no tomamos la delantera, la asimilación se hará de manera natural. Dado que el peso de la religión ya no es lo que era, las cosas irán más rápido cuando la situación de los judíos mejore verdaderamente”²⁶

Un tercer momento, que marca un punto de inflexión con las instancias previas tiene que ver con la publicación del libro *El estado Judío* del vienés Theodor Herzl. La publicación de este trabajo da inicio a lo que se conoce como “sionismo político”, es decir, aquel que definitivamente deja de lado la organización comunitaria y la filantropía para dar paso a la acción política, con un programa definido, una organización internacional, con representantes y líneas claras de acción, consensuadas y discutidas durante el Primer

²⁵ Karady, op cit, p. 175.

²⁶ Sternhell, Zeev. op cit, p. 76. Ésta y otras referencias en torno al carácter anti asimilación del sionismo oriental las hemos conocido gracias a los ya citados trabajos de Miguel Iberlucia.

Congreso Sionista Mundial de Basilea, organizado en 1897. Contemporáneo al Affaire Dreyfus, el libro de Herzl, otrora liberal asimilacionista, sienta las bases para la traducción política estatal de los variados malestares que afligen a los judíos europeos, malestares que van desde la pregunta por la identidad judía, los dilemas de la asimilación y la discriminación en la Europa central y occidental, hasta la persecución y violencia estatal en el este europeo.

En efecto, podría decirse que tanto en Herzl como en Nordau, Blumenfeld y demás dirigentes de lo que será la sección alemana de la Organización Sionista Mundial, conviven varias cuestiones. Por un lado, la cuestión identitaria, que en las regiones de habla alemana se presenta de manera más conflictiva que en el oeste y el este europeos. Ni excluidos ni asimilados, la situación híbrida en la que se encuentran los judíos de mitteleuropa, burgueses, educados, encuentra una respuesta posible en el nacionalismo judío. Por otro lado, la propia dinámica política de la región, con el crecimiento del antisemitismo político y la reacción romántica y anti liberal del ambiente intelectual alemán, opera como amenaza para los judíos, pero también como marco ideológico para la construcción de un proyecto de nacionalismo tribal, utópico y mesiánico²⁷. Finalmente, un tercer factor son los pogroms desatados en la Rusia zarista, que iniciaron un proceso migratorio de grandes dimensiones en donde las ciudades alemanas, austriacas y checas aparecen como destinos elegidos en gran medida. Para estos sionistas la migración de los judíos desde el este se presenta

²⁷ A este respecto, es por demás interesante el trabajo de Michael Lowy, *Redención y utopía, El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva*. Allí el autor logra recuperar y analizar con destreza el ambiente cultural de la Europa germánica desde fin de siglo XIX hasta 1930. Centrado en las figuras de Buber, Benjamin, Kafka, Fromm y Gershom Scholem, entre otros, Lowy busca investigar la emergencia de una generación de judíos burgueses, asimilados, que componen la "Intelligentsia judía" del siglo XX. Esta generación, ubicada a una gran distancia de sus padres en lo que tiene que ver con la relación con la religión, la tradición y la vida precapitalista, encuentra en el ambiente intelectual de mitteleuropa, neo romántico y anticapitalista, un campo fértil para sus (variados y divergentes entre sí) sueños y proyectos, toda vez que dicho campo intelectual es afín y se nutre también del aporte específico que la revisión y reformulación de la tradición judía hacen los intelectuales de esta generación. Así, neo romanticismo, anti capitalismo, mesianismo y utopía conviven en un campo cultural en el que los judíos participan y postulan diversos proyectos con esa impronta: la revolución social, la revolución socialista, el anarquismo y el modernismo reaccionario. Todos ellos encarnan este espíritu de época, en plena crisis del capitalismo y del liberalismo. Desde nuestra perspectiva, este estudio de afinidad electiva es indispensable para comprender el "clima de época" en que el sionismo irá cargándose ideológicamente. De hecho, el propio autor rastrea los imaginarios que circulaban en torno a las posiciones de Martin Buber y Gershom Scholem, dos reconocidos sionistas que adscribieron a la impronta mesiánica, romántica y utópica que este proyecto presentó a los judíos. Lowy, Michael. *Redención y utopía, El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva*. Buenos Aires: El cielo por asalto, 1997.

problemática, en dos sentidos, incluso contradictorios entre sí. Por un lado (y por momentos) porque la incorporación exitosa, nacionalización y “asimilación” de estos judíos del este, en donde el esquema político-social no solo impide la integración de los judíos sino que los expulsa, podría significar, ahora sí, la desaparición de los judíos como entidad. Por otro lado, porque la llegada de estos judíos tradicionales del este podría generar un acrecentamiento de la ya creciente xenofobia que comenzaba a poner en cuestión la relativa integración de los judíos de Alemania y el Imperio Austrohúngaro. Para Herzl, el diagnóstico es claro:

“El problema judío existe en todas partes en que los judíos viven en número apreciable. Allá donde no existe, es traído por los judíos inmigrados. Nos dirigimos, naturalmente, hacia donde no nos persiguen; nuestra aparición provoca las persecuciones. Esto es cierto y seguirá siéndolo en todas partes, hasta en países muy adelantados -como queda demostrado en Francia-, mientras el problema judío no sea resuelto por medios políticos. Los judíos pobres llevan ahora el antisemitismo a Inglaterra y lo han llevado ya a América”²⁸

Así, puede decirse que desde sus inicios románticos y literarios hasta sus fases instituyentes, el sionismo está marcado y opera en el interjuego entre la amenaza identitaria y la judeofobia que despierta el proceso de integración en las sociedades europeas. Es allí en donde se encuentran las principales motivaciones para la emergencia del movimiento sionista y no, como suele sostenerse, en el fracaso o éxito de la emancipación. Aun cuando es cierto que la igualdad formal en Occidente convive durante años con cierta discriminación social, al hablar del “fracaso de la asimilación” y del sionismo como resultante de ello, en realidad se está dejando de lado una evidencia que resulta de un análisis más fino de la cuestión, y es que la dramática situación de los judíos a la que se alude para explicar el origen del sionismo sólo está presente allí donde los judíos no están emancipados o integrados²⁹.

Como bien sintetiza Sternhell en su ya citado libro:

²⁸ Herzl, Theodor [1896]. *El estado judío*, en la antología *El sionismo: crítica y defensa*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968, p.7

²⁹ Esto no significa desconocer la existencia de cierta “discriminación social” en países como Francia, Inglaterra o Alemania, sino solo relativizar el grado y significatividad de esta discriminación al momento de pensar el surgimiento del sionismo. Sin dudas, parte de la perspectiva adoptada por nosotros, que abrevia en los trabajos de Arendt y la naturaleza del estudio que aquí llevamos, pueden resultar miopes frente a procesos sociales que “por abajo”, lejos de la vista de la historia a grandes rasgos, pudieron ser sumamente traumáticos para los judíos de la época.

“Sería simplista asimilar el sionismo del último tercio del siglo XIX a una ideología que respondía únicamente a la inseguridad física que, en ese entonces, no dejaba de agravarse para los judíos de Europa central y en particular, Europa del Este. El sionismo también fue una respuesta de tipo Herderiano, por no decir tribal, al desafío de la emancipación. Para David Ben Gurión, (1886-1973) para no citarlo más que a él, el sionismo no debe su auge a los sufrimientos y discriminaciones que sufrían entonces los judíos de Europa del Este, sino a la voluntad de hacer frente a los riesgos de desaparición de la identidad judía”.³⁰

1917, UN DISPARADOR

Si bien las primeras fases del sionismo son fecundas en cuanto a la conceptualización de un conjunto de nociones sobre la identidad judía, su relación con las sociedades en que los judíos vivían y en el delineamiento de un programa político concreto, en cambio no es hasta entrado el siglo XX que el movimiento sionista conseguirá acumular el poder político necesario para llevar adelante su proyecto.

En efecto, desde sus primeros movimientos hasta la muerte de Theodor Herzl, el sionismo no había conseguido interesar en su proyecto ni a las dirigencias otomanas, ni a las dirigencias europeas, ni a las propias masas judías ni “desviar el viento de la oposición a la inmigración judía hacia la vela del barco sionista” fracasó por completo³¹. Similar escenario se presentaba con relación a las poblaciones judías, quienes o bien se unían a partidos de izquierda o bien buscaban emigrar hacia occidente.

Sin embargo, el 2 de Noviembre de 1917, sobre el final de la Primera Guerra Mundial el sionismo obtiene su primera y decisiva victoria política en el ámbito diplomático global. En carta dirigida a Lord Walter Rothschild, el Ministro de Asuntos Exteriores británico Arthur James Balfour comunica:

“Estimado señor Rothschild

Estoy muy complacido en transmitirle a usted, en nombre del gobierno de Su Majestad, la siguiente declaración de simpatía con las aspiraciones judío-sionistas, las cuales han sido presentadas y aprobadas por el gabinete:

El gobierno de Su Majestad ve favorablemente el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el

³⁰ Sternhell, Zeev, op cit.p. 24.

³¹ Brenner, Lenni. *Sionismo y Fascismo. El sionismo en la época de los dictadores*. Buenos Aires. Editorial Canaán. 2011. p, 23. Aquí el autor hace referencia aquí a la ya mencionada Ley de Extranjería debatida por el parlamento británico en 1902 y a las gestiones de Herzl para transformar dicha determinación antijudía en un apoyo al sionismo.

pueblo judío, y usará sus mejores esfuerzos para facilitar el logro de este objetivo, quedando claramente entendido que no se hará nada que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no-judías existentes en Palestina, o los derechos y el estatus político gozado por los judíos en cualquier otro país. Estaré agradecido si usted pusiera esta declaración en conocimiento de la Federación Sionista”³²

En esta declaración se condensan un conjunto de tensiones y problemáticas políticas de indudable significatividad, que culminarán confluyendo en la “promesa” británica de un estado nacional judío en Palestina, una vez que dicho territorio haya quedado a cargo de Inglaterra. Independientemente de los cuestionamientos político-jurídicos que le caben a tal Declaración³³, lo cierto es que una mirada retrospectiva nos devuelve la impresión de que efectivamente aquella carta funcionó como primera prueba material del éxito del sionismo. De allí en más se inicia una etapa que, con marchas y contramarchas, llevará a la recomendación de Naciones Unidas para la “partición” de Palestina y a la instauración del Estado de Israel en 1948.

Si en las anteriores instancias de la historia el sionismo no había logrado atraer hacia su causa a los mandatarios europeos, este sionismo sintético, que tiene en las figuras de Chaim Weizmann y Sokolow en Europa y Ben Gurion en Palestina a sus principales referentes, logrará operar con éxito en el ámbito diplomático europeo al mismo tiempo que sobre el territorio palestino. Contemporáneos a la crisis del liberalismo, el auge del fascismo y el antisemitismo político, a la avanzada imperial sobre medio oriente y las dos guerras mundiales, esta generación de sionistas logrará seducir a Occidente y salir airoso de tan turbulento periodo.

Para explicar este derrotero y la senda victoriosa por la que marchó el sionismo desde entonces, sin dudas es necesario referirse al papel de Inglaterra en la cuestión. En general, suele explicarse el atractivo del sionismo a partir de tres rasgos fundamentales, que por cuestión de espacio no podremos describir exhaustivamente. Por un lado, este atractivo se explica por la capacidad del sionismo para presentarse como un bastión de occidente en medio oriente, como una dirigencia confiable y un interlocutor válido que introduce una

³² Citado en Mallison, W.T, *La declaración Balfour. Una evaluación en el derecho internacional*. Association of Arab-American University Graduates, INC. 1973. p5.

³³Un análisis pormenorizado de las interpretaciones jurídicas que le caben a tal declaración puede encontrarse en **Mallison, W.T**, op cit. Algunos de sus argumentos se detallan más adelante.

cuña en medio del bloque arabo-islámico y permite a Inglaterra reproducir la dinámica de la dominación indirecta gracias a una élite “occidental” que, si no es nativa, al menos puede presentarse como tal³⁴. En segundo término, encontramos un conjunto de explicaciones coyunturales, que podrían haber jugado un papel importante, tales como la necesidad de sumar a Estados Unidos a la guerra, o contar con batallones judíos para pelear frente al Imperio Otomano³⁵. El tercer factor tiene que ver con la necesidad británica en particular, y europea y estadounidense en general, de fragmentar, desactivar y vehicular el descontento de las poblaciones judías que buscan resolver su situación social por la vía revolucionaria³⁶. Como luego el fascismo, el sionismo se presenta como una alternativa capaz de diluir en el chauvinismo nacional esas ansias subversivas de una población a la deriva³⁷.

Aun cuando todos estos factores explican en gran medida el atractivo del sionismo, desde nuestro punto de vista, siguiendo las intuiciones de Said y Rozitchner³⁸, el principal factor a tener en cuenta para explicar el renovado atractivo del sionismo a los ojos europeos tiene que ver con su naturaleza anti asimilacionista. A nuestro juicio, la dimensión poblacional y la crisis del liberalismo aparecen como factores que jugaron un papel preponderante en el agravamiento de la situación de los judíos y en la emergencia del antisemitismo político, así como también en la emergencia del sionismo.

No es casual que en el preciso momento en que la “cuestión judía” deviene un problema “político de envergadura”³⁹ y en que el antisemitismo político comienza a ganar fuerza, el gobierno británico primero, vía Declaración Balfour, y las potencias victoriosas luego, con el Mandato sobre Palestina, apoyen el proyecto sionista

³⁴ Tal es la tesis principal de Edward Said en su libro *La cuestión Palestina*. Véase Said, Edward [1979]. *La cuestión Palestina*. Barcelona: Random House, 2013, p 66 a 77.

³⁵ Brenner, Lenni, op cit

³⁶ Ibidem

³⁷ Esta tensión entre socialismo universalista y nacionalismo particularista no solo se produce entre movimientos rivales, sino que también se desarrolla al interior del sionismo. Las primeras migraciones con propósitos nacionales a Palestina, (Aliyá) incluyen individuos y organizaciones que combinan el ideal de una tierra propia con el de una sociedad nueva. Conforme avanza el siglo XX, las posiciones del “socialismo nacional” (sugestivo nombre) de hombres como Borojov y a la experiencia del Kibutz, aun con su carga tribal, irán perdiendo posiciones frente al simple nacionalismo, despojado de todo proyecto de modificación social. Para ver este proceso, es indispensable el ya citado libro de Sternhell.

³⁸ Rozitchner, León. *Ser judío, y otros ensayos afines*. Buenos Aires: Losada, 2011. p 145.

³⁹ Arendt, Hannah, *Los orígenes...*, p. 13.

Ahora bien, ¿como se explica esto? Si con los pogromos rusos y la migración masiva se producen un conjunto de tensiones que lleva a Inglaterra y demás países de occidente a limitar la inmigración judía, las desnacionalizaciones masivas y los desplazados y refugiados producidos por las guerras y revoluciones agravan aún más el contexto. Como señala Arendt⁴⁰, a partir de la segunda década del siglo XX se inaugura una nueva etapa en cuanto a los derechos del hombre y los acuerdos internacionales. Las guerras, revoluciones, alzamientos y disputas políticas cada vez más radicalizadas producen masivos desplazamientos de poblaciones, tensionando el sistema de estados nación y los compromisos de protección jurídica bilaterales, así como también la universalidad de los derechos humanos. Opositores políticos, poblaciones indeseables o directamente “enemigas” son ahora víctimas de la “desnacionalización”, recurso político por el cual aquellos expulsados de sus países, sin protección jurídica en los países de acogida, tampoco pueden ser repatriados a sus lugares de origen, puesto que ya no poseen la nacionalidad. La fragmentación de los estados multinacionales y la constitución de estados étnico/nacionales construidos bajo la lógica de homogeneidad cultural, étnica y religiosa tensionan aún más la situación. Desplazados por la guerra o expulsados por los gobiernos, estos sujetos que quedan al margen de cualquier jurisdicción estatal conformarán la figura cada vez más extendida y problemática de “refugiado” y serán los sujetos de las primeras políticas concentracionarias en territorio europeo⁴¹. Cuando hacia el final de la guerra, las Conferencias de paz y el tratado de Versailles reconozcan y legislen sobre la autodeterminación de los pueblos y los derechos de las minorías, la situación política y social hará que el único efecto que estas medidas tengan sea la de operar un “marcaje” hacia dichas poblaciones. Como señala Traverso

“Después de 1918 los judíos pasaron a ser una minoría vulnerable que – fuera ya del espacio heterogéneo, multinacional y pluriconfesional de los antiguos imperios – era percibida como un cuerpo extraño en el seno de los nuevos estados”⁴²

En este contexto, la Declaración Balfour, sus negociaciones previas y sus interpretaciones

⁴⁰ Ibidem, p.199 y ss.

⁴¹ Para adentrarse en el proceso por el cual los refugiados inauguran un periodo que poco a poco va degenerando en una política concentracionaria extendida y sistemática, nuevamente recomendamos el libro de Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*.

⁴² Traverso, Enzo, *El final...*, p. 27

posteriores plasmadas en el Mandato constituyen el campo de batalla en donde se juegan las disputas al interior del “campo político judío”. A caballo entre el nacionalismo, la asimilación o el bolchevismo, la disputa que se juega en ese entonces se presenta, parafraseando a Churchill, como “una lucha por el alma de los judíos”⁴³, de la que el sionismo emergerá victorioso, gracias al atractivo de su proyecto de desasimilación.

Como demuestra Mallison⁴⁴ en su estudio detallado de la Declaración Balfour el gobierno británico tenía un interés genuino en resolver la cuestión judía vía migración masiva a ultramar. En un primer momento, merced a la participación de algunos funcionarios del Foreign Office, se entendía que esto podría resolverse creando un asilo a los judíos perseguidos. Pero conforme avanzaron las negociaciones, y las posiciones de Balfour fueron ganando preponderancia, el gobierno británico comprendió que de todo aquello que se le reclamaba, lo que constituía una opción más conveniente a sus intereses era entregar un territorio hacia el cual canalizar la indeseable migración judía. No es casual que ello ocurriera merced a la actuación de Balfour. Su victoria en la disputa fue también la victoria de Weizmann, con quien había entablado amistad años atrás. Pero también fue la victoria de un hombre que había sido un fuerte promotor de las leyes que restringían la migración judía a Gran Bretaña. De esta forma, luego de un primer borrador que tenía como principal objetivo dar “asilo” o “refugio” a los judíos, en el segundo prototipo de declaración, que incorpora las recomendaciones realizadas por Sokolow, Rotschild y Weizmann, dicha terminología será neutralizada al punto de permitir la ambigüedad necesaria para interpretar la declaración como un apoyo al nacionalismo judío. Todo ello sin despertar sospechas del lado no sionista y de aquellos judíos que estuvieran “completamente satisfechos con su nacionalidad y su ciudadanía existente”. Merced a la utilización de un lenguaje ambiguo, la Declaración Balfour terminó constituyendo, entonces, un apoyo al nacionalismo judío, y a la organización sionista como la institución elegida por las potencias para tratar la “cuestión judía”⁴⁵.

⁴³ Brenner, Lenni, op cit, p. 35.

⁴⁴ Mallison, W.T. *La declaración Balfour. Una evaluación en el derecho internacional*. Association of Arab-American University GRaduates, INC. 1973

⁴⁵ Sin embargo, esta representación aún estaba en cuestión luego de la Declaración Balfour. Esta es una de las principales tesis del libro de Mallison: La declaración Balfour sería un documento que, de acuerdo a las negociaciones previas y el análisis contextual, debió ser interpretada como una derrota del sionismo, puesto

A partir de entonces, el sionismo, una entidad política marginal dentro del “campo político judío” comenzará a ocupar un lugar hegemónico como representante de los judíos del mundo, gracias al apoyo no solo de Inglaterra sino del resto de las potencias imperiales.

Así lo señalaba Balfour en 1919:

“Las cuatro potencias están comprometidas con el sionismo, y el sionismo, sea acertado o erróneo, bueno o malo, está arraigado en una tradición ancestral, en unas necesidades presentes, en unas esperanzas futuras, de importancia mucho más profunda que el deseo y los prejuicios de los 700.000 árabes que hoy habitan en aquella antigua tierra”⁴⁶

Con la incorporación de la declaración Balfour al Mandato sobre Palestina el sionismo dejará de lado los reclamos por la igualdad de los judíos y se abocará totalmente a perseguir sus objetivos. Cuando finalmente la situación europea se agrave de forma mortal, la confusión conceptual y el pragmatismo político llevarán a la dirigencia sionista a posiciones peligrosas. Si en algunos casos, los representantes sionistas estadounidenses buscarán confluir con las organizaciones asimilacionistas en la gestación de un boicot al gobierno nazi, la regla general durante el periodo será la minimización del problema o la incapacidad de acción. Para Weizmann, como para Ben Gurion, el sionismo no tenía ni los recursos ni el deber primordial de luchar por los judíos europeos, quienes al mismo tiempo, en su hibridez identitaria y su asimilacionismo, representaban “un fenómeno indeseable, desmoralizante”⁴⁷. En el fondo, sin prever las consecuencias mortales del nazismo, algunos sionistas veían en dicho movimiento un aliado en la desasimilación. Todavía en 1933 Joachim Prinz, quien luego fuera un destacado líder sionista, aún podía sostener en Alemania:

“El gobierno anunció que no había país en el mundo que deseara resolver el problema judío tan seriamente como Alemania. ¿Solución a la cuestión judía? ¡Ese era nuestro sueño sionista! ¡Nunca negamos la existencia

que incluye un conjunto de salvaguardas que tienden a respetar el estatus jurídico de los judíos en todo el mundo, así como el derecho de los palestinos. Todavía en 1919 Weizmann recordaba “Yo temblaba por temor a que el gobierno británico me llamara y me preguntara <<dinos, ¿Qué es esa Organización sionista? ¿Dónde están ellos, tus sionistas?>> Porque esas personas piensan en términos diferentes de los nuestro. Los judíos, ellos lo sabían, estaban en contra nuestra”. Weizmann, Chaim, Ensayo y error, citado en **Mallison, W.T.**, op cit, p. 38.

⁴⁶ Documents on British Foreign Policy 1919-1939, ed. E.L. Woodward y Rohan Butler, primera serie, IV (Londres, 1952), citado en Mallison, op cit. p. 46

⁴⁷ Carta de Chaim Weizmann a Ahad Ha'am, citado en **Brenner, Lenni**, op cit, p.70.

de la cuestión judía! ¿Desasimilación? ¡Era nuestra propia demanda! En una declaración notable por su orgullo y dignidad, solicitamos una conferencia.”⁴⁸

De esta forma, vemos cómo la impronta antiliberal y antisimilacionista del sionismo sin dudas confluye y concuerda con las posiciones de los gobiernos de Europa y Estados Unidos, haciendo de éste una opción atractiva para vehicular el desamparo de los judíos europeos. Si el contexto de la primera guerra mundial, los movimientos migratorios y de desplazados, y la crisis del sistema de estados nación en Europa son la condición de posibilidad para el auge de los fascismos, es esto mismo, a nuestro juicio, lo que permite al sionismo adquirir capital político y hacerse atractivo a las potencias imperiales. Es entonces cuando el sionismo, un proyecto de separación geográfica, conceptual y afectiva de los judíos con respecto a los estados y las sociedades europeas, logrará salir de la marginalidad política y ser elegido como representante y portavoz de los judíos europeos, en detrimento de los movimientos asimilacionistas e internacionalistas que serán repudiados por él y perseguidos por los movimientos antiliberales y reaccionarios que sacudirán a Europa en el siglo XX.

Bibliografía Citada

- Arendt, Hannah [1951]**, *Los orígenes del totalitarismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2014
- Arendt, Hannah**. *La tradición oculta*, Buenos Aires: Paidós, 2005.
- Arendt, Hannah**. *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen. 1999.
- Brenner, Lenni**. *Sionismo y Fascismo. El sionismo en la época de los dictadores*. Buenos Aires. Editorial Canaán. 2011.
- Dick, Geary**. *El socialismo y el movimiento obrero alemán antes de 1914*, en Dick Geary, (comp), *Movimientos obreros y socialistas en Europa antes de 1914*, Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad social, 1992.
- Herzl, Theodore** [1896]. *El estado judío*, en la antología *El sionismo: crítica y defensa*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968.
- Hobsbawm, Eric**, *La carrera abierta al talento*, en *La era de la revolución 1789 – 1848*, Buenos Aires: editorial Crítica, 1998
- Iberlucia, Miguel**. *Sionismo, del nacionalismo de base religiosa al fascismo paracolonia*, Tesis de licenciatura, Historia, Facultad de Humanidades, UNICEN, Julio de 2015.
- Khalidi, Rashid**. *La identidad palestina, la construcción de una conciencia nacional moderna*. Buenos Aires: Editorial Canaán, 2015.
- Karady, Victor**. *Los judíos en la modernidad europea*. Experiencia de la violencia y utopía. Madrid: Siglo Veintiuno de España Editores, 2000.
- Lander, Edgardo** (comp), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas*

⁴⁸ Joachim Prinz. *Zionism under the nazi government*, citado en Brenner, Lenni, op cit. p. 89.

latinoamericanas. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. 2000.

Langewiesche, Dieter. *Liberalismo y burguesía en Europa*, en Fradera, J. y Millán (eds.), *Las burguesías europeas del siglo XIX*. Sociedad civil, política y cultura. Madrid: Biblioteca Nueva, 2000.

Lowy, Michael. *Redención y utopía, El judaísmo libertario en Europa Central. Un estudio de afinidad electiva*. Buenos Aires: El cielo por asalto, 1997.

Mallison, W.T. *La declaración Balfour. Una evaluación en el derecho internacional*. Association of Arab-American University GRaduates, INC. 1973.

Masalha, Nur, *La responsabilidad histórica de Gran Bretaña en la catástrofe Palestina*, *Global Research*, Septiembre, 2013. <http://www.globalresearch.ca/la-responsabilidad-historica-de-gran-bretana-en-la-catastrofe-palestina/5349156>

Masalha, Nur. *Expulsión de los palestinos. El concepto de transferencia en el pensamiento político sionista 1882-1948*. Buenos Aires: editorial Canaán, 2008.

Nordau, Max. *El fracaso de la emancipación*, en la antología ya citada *El sionismo: crítica y defensa*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968.

Rozitchner, León. *Ser judío, y otros ensayos afines*. Buenos Aires: Losada, 2011.

Said, Edward [1979]. *La cuestión Palestina*. Barcelona: Random House, 2013.

Sternhell, Zeev [1996], *Los orígenes de Israel. Las raíces profundas de una realidad conflictiva*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2013.

Traverso, Enzo. *La violencia nazi, una genealogía europea*. Buenos Aires: FCE, 2003.

Traverso, Enzo, *El final de la modernidad judía: Historia de un giro conservador*. Buenos Aires: FCE, 2014.

Zertal, Idith. *La nación y la muerte. La shoá en el discurso y la política de Israel*. Buenos Aires: Del nuevo extremo. 2010.